

Los mismos tratadistas del XVII nos apoyan en lo que nos parece un recurso consciente del escritor, y mejor que nadie el citado Juan de la Cueva en su *Ejemplar poético*³⁰:

I lo primero que advertir devemos:
que la epístola abunda de argumentos
varios, donde ampliamente la ocupemos.

[...] Cosas en ella de plazer se canta,
sucesos en viajes dilatados,
i a varias digreciones se adelanta.

Son a chacota i mofas dedicados
los versos della i pueden, si agradare,
ser en mordientes sátiras usados.

También para Pinciano³¹ los polos genéricos aludidos entran en colisión, diciendo de Horacio «que aun el nombre dellas [se refiere a las sátiras] le quitó y abrogó totalmente de sus obras, llamándolas ya epístolas, ya sermones», reconociendo una raíz satírica (propósito de enmendar las costumbres) en géneros que aparentemente parecen tener otra finalidad, más cotidiana, menos ambiciosa, más «familiar»³². Nos parece fundamental recalcar que tanto en los escritores como en los tratadistas barrocos pesaban las ideas que se tenían sobre el Horacio satírico, y que son fundamentalmente dos, repetidas en cada reflexión retórica: una, el uso de la epístola como vehículo de lo satírico —disfrazar el nombre ayudaría a evitar los riesgos que adquiere el autor de sátiras—; y otra, la contención necesaria en el poeta para no caer en la invectiva personal.

Esta confusión observamos en González de Salas:

de nuevo pasan a la lengua española de la romana las dos satíricas especies, que en aquel género luciliano habemos dicho, que Horacio siguió con alguna mudanza. Estas son, como ya sabemos, las que con nombre de *sátiras*, o *sermones*, y las que con el de *epístolas* hoy se veneran entre sus escritos³³.

El mismo escritor recalca en otro lugar «qué poco es lo que se diferencian las *epístolas* de aquel auctor de sus *sátiras*», y señala poco después, «la semejanza que proponemos de esta epístola española a aquellas latinas», que observa en la «satírica reformación de costumbres en traje y hábito de epístola familiar; que es la figura puntualísima que hacen las epístolas de Horacio»³⁴. Por otro lado, y para apoyar estas confluencias, llamamos la atención sobre el título de la composición que este editor de Quevedo escoge: *Epístola satírica y censoria...*, haciendo explícita de esta manera su concepción de estos géneros basada en el modelo horaciano.

Así pues, lo satírico nos introduce en lo epistolar, que está suficientemente remarcado en la composición a través de los vocativos «Señor Exce-

³⁰ J. de la Cueva, op. cit., pág. 71.

³¹ Recogido en *Porquerías Mayo*, op. cit., págs. 398-399.

³² Rosario Cortés («Introducción» a las *Sátiras de Persio*, Madrid, Cátedra, 1988, pág. 19), comentando los criterios de Horacio sobre la sátira, afirma que ésta «servía de vehículo a la expresión del satírico de sus preocupaciones morales en su círculo de amigos y tenía que mantener el tono relajado de una conversación, sermo, entre ellos». Esto ahonda en otra de las concomitancias que se establecen entre ambos géneros: el tono familiar, distinto del de la elegía. Para una visión más completa sobre distinciones entre sátira e invectiva, ver Rosario Cortés, *Teoría de la sátira. Análisis de Apocolocyntosis de Séneca*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1986, pág. 31.

³³ «Ilustraciones al "Parnaso"», en *Obra poética de Quevedo*, ed. de J. M. Ble-cua, Madrid, Castalia, 1969, vol. I, pág. 106.

³⁴ *Ibíd.*, pág. 107.

lentísimo» (v. 25) y «Señor» (v. 190). En los primeros veinticuatro versos, el receptor no era Olivares. El tuteo inicial, muy distinto del tono respetuoso y distanciado que caracteriza a sus interpelaciones al Conde-Duque, y la amenaza que representa esa segunda persona («silencio avises», «amenaces miedo»), hacen pensar más bien en un abstracto censor³⁵. Podríamos incluso llegar a creer —y nos equivocariamos— que hay dos receptores individuales concretos en el comienzo del poema quevediano. Debemos recordar en este punto que uno de los recursos del género satírico latino era la interpelación a la colectividad para hacerla reflexionar acerca de lo que se dice, o, incluso, a personas concretas, como hacen Lucilio y otros autores satíricos. Por esto encontraremos otros cambios de interlocutor en la *Epístola*, como ya veremos.

Pero el interlocutor está presente también en los pronombres de 2.^a persona: «vos» (vv. 166, 169, 172, 175, 187), «os» (vv. 178, 184, 189 y 205). Asimismo, la conatividad se aprecia en los verbos de imperativo y en los pronombres enclíticos que a veces los acompañan: «Pasadnos» (v. 166), «Dad» (v. 176), «Lograd» (v. 190), «Mandadlo» (v. 202)³⁶.

Toda misiva tiene un destinatario, pero también un emisor, que da noticias al amigo o que le hace alguna petición. Esa función existe en la *Epístola satírica y censoria*, alejándose, yendo más allá, por sus fines, de géneros como la sátira o la elegía. Por ello —y esto es significativo— hay sintagmas que nos recuerdan que el emisor de la epístola forma parte de una colectividad que espera algo del privado: «hacéis repetir siglo pasado / con desembarazarnos las personas» (vv. 169-170; es nuestra la cursiva), y, especialmente, en los versos 190-192, donde una «amenaza» colectiva identifica aún más a poeta y sociedad, que ponen los ojos en quien puede asegurar la tranquilidad y la victoria:

Lograd, Señor, edad tan venturosa,
y cuando *nuestras* fuerzas examina
persecución unida y belicosa (vv. 190-192).

El poeta, provisto de su «máscara satírica», da a entender que es la voz de la conciencia colectiva, el poeta legitimado, moralmente irreprochable. Ya no es sólo miembro de la colectividad, sino su portavoz ideal. El uso de la primera persona atestigua esa intención, como en las formas ya comentadas: «apruebo», «nombro», «aseguraros puedo».

La sátira ha servido a los oscuros fines de la *Epístola*, dando al poeta la aureola precisa para aparecer beneficiosamente ante los ojos del Conde-Duque. Asimismo, la elegía ha prestado un lenguaje elevado y unos tintes pesimistas que realzarán aún más la posición del que va a reponer las buenas costumbres. La *Epístola satírica y censoria* se ha servido de tres géneros concomitantes para la expresión de intereses estéticos y vitales.

³⁵ I. Arellano comenta la «ambigüedad del destinatario», desdeñando interpretaciones como las de Crosby (en su edición de la Poesía varia de Quevedo, cit., pág. 80), quien «identifica a este TÚ con el Conde Duque, destinatario general de la epístola». Esto, en opinión de Arellano, «provoca una incongruencia difícil de explicar», y concluye: «El comienzo de la Epístola satírica y censoria se dirige a un TÚ amenazante que se supone advierte al poeta censor. Lo que sucede en realidad es un cambio de destinatario: el TÚ de los primeros versos es distinto del válido, al que por otra parte (el mismo Crosby lo indica) se trata de VOS en el poema» (Poesía satírico-burlesca, pág. 30).

³⁶ Para Maurer, sin embargo: «Es una epístola, pero la presencia del destinatario apenas se hace notar» (op. cit., pág. 93). A la luz de lo que hemos comentado, nos parece insostenible esta afirmación.

Existen otros receptores en la *Epístola satírica y censoria*, como no podía ser menos si tenemos en cuenta que el destinatario de la sátira latina era la colectividad. Quevedo la hace presente a través de las formas subjuntivas con valor imperativo:

Ejercite sus fuerzas el mancebo
en frentes de escuadrones, no en la frente
del útil bruto l'asta de el acebo.

El trompeta le llame³⁷ diligente
dando fuerza de ley al viento vano,
y al son esté el ejército obediente (vv. 151-153)³⁸:

Ya hablamos en otro momento del valor de estas estrofas-puente, que preludian otro tipo de peticiones, éstas al Conde-Duque. Es evidente que se intenta conseguir algo del destinatario (aspecto primordial de lo conativo y de cualquier misiva en general). Se diría que el motivo explícito (reforma de las costumbres) es un motivo «literario», no «sincero». ¿Cuál sería el objetivo último de la carta? ¿Congraciarse con el poder real a través del privado, y con este mismo especialmente, tras el destierro en la torre de Juan Abad, de la que lo sacará el propio Olivares? ¿Esta circunstancia vital explicaría el tono respetuoso y distanciado del poema?³⁹ Tanto la sátira como la epístola pueden ser usadas como meras creaciones literarias sin llevar a cabo la «supuesta» finalidad a la que están destinadas. El poeta usa los géneros, las convenciones, los tópicos; no se deja dominar por ellos.

En este sentido, Quevedo escribe una epístola desde la tradición horaciana, inaugurada en España por Garcilaso y formulada por Hurtado de Mendoza, pero se aleja de los cánones, como corresponde a su época. El molde de la *terza rima*, también empleado en la sátira y la elegía, le vale a Quevedo para sus propias necesidades expresivas. Los tópicos morales y amistosos desaparecen o toman otros valores, usándose con fines muy precisos.

La familiaridad que caracteriza a la epístola horaciana permitía a los autores renacentistas una «sinceridad», unas referencias a lo doméstico, a lo cotidiano, inusitadas, impensables en composiciones amorosas o mitológicas, que se ajustan por fuerza a los códigos petrarquistas. A partir del manierismo, como otras categorías literarias, también la epístola se metamorfosea, con todas sus características fundamentales: las epístolas de los hermanos Argensola o la de Fernández de Andrada acentúan lo moral o lo satírico frente a lo familiar; las de Lope, por el contrario, juegan con los tópicos morales, invirtiéndolos, pero sin perder las grandes dosis de autobiografía que suelen ofrecer sus obras. Góngora, en su composición «Malhaya el que en señores idolatra», operando «por *eliminación* de elementos y por *radicalización* de sus contenidos sustanciales»⁴⁰, llega a eliminar la figura del destinatario. El escritor barroco traspasa así el límite

³⁷ J. M. Blecua opta por llame, aunque anota las otras variantes: «le llama», «lo llama» (Obra poética de Quevedo, Madrid, Castalia, 1969, vol. I, pág. 300n). Schwartz-Arellano perciben el «valor exhortativo» de estos tercetos (op. cit., pág. 134).

³⁸ Véanse también los versos 164, «restitúyanse»; 165, «hagan»; 177, «vuélvanse»; 187, «sean»; 189, «muestre»; 194, «tenga»; 195, «descansen»; 196, «suceda» y 198, «hagan».

³⁹ «¿Cuál es su amplitud estilística? La epístola, desde antiguo, cubre toda una escala, desde lo familiar a lo elevado» (C. Guillén: Entre lo uno y lo diverso, cit., pág. 172).

⁴⁰ A. Sánchez Robayna, cit., pág. 99.

de lo horaciano hacia una nueva formulación del género epistolar (que, no obstante, hay que leer a la luz de la tradición en la que se inserta).

De los elementos esenciales en la fórmula característica de la epístola horaciana (Rivers: «The Horatian Epistle is a literary genre which unites in verse the subject-matter of philosophy and the form of the personal Letter»⁴¹), encontramos sólo lo doctrinal (estoicismo senequista), pero no lo familiar. No se dirige a un igual, a un amigo con el que puede sincerarse, sino a alguien que está muy por encima del escritor. Por ello, no podrán estar otros tópicos de la epístola horaciana: el elogio de la amistad, como, por ejemplo, en la *Epístola a Boscán* de Garcilaso, versos 28-31:

Iba pensando y discurriendo un día
a cuántos bienes alargó la mano
el que del amistad mostró el camino,
y luego vos del amistad enjemplo,

ni, por supuesto, el *dulcis amicus*, o la invitación final a que el amigo destinatario se reúna con el poeta, ni la *captatio benevolentiae* típica del comienzo, como en

Por do, si mi 'scrivir ora no siente
fértil vena, será la causa d'esto
ser mi ingenio incapaz naturalmente,

en la *Respuesta* de Boscán a Hurtado de Mendoza (vv. 13-15).

En cuanto al aspecto doctrinal, no hay que buscar la alabanza del *justo medio* (estamos lejos del ideal, expresado en la epístola de Mendoza a Boscán —vv. 139-141—: «Dexa a veces vencer la voluntad, / mezclando de lo dulce con lo amargo, / y el deleite con la severidad»); Quevedo habla en la *Epístola* de huir de los placeres, siguiendo una idea estoicista de renuncia que afecta a la comida, a la bebida, a la lujuria y a los afeite y adornos externos) ni el *nihil admirari* (otra vez Hurtado, vv. 1-3: «El no maravillarse hombre de nada / me parece, Boscán, ser una cosa / que basta a darnos vida descansada») ni la *seccesio* (*Epístola Moral a Fabio*: «Ya, dulce amigo, huyo y me retiro / de cuanto simple amé; rompí los lazos» —vv. 202-203—).

En cambio, otros tópicos morales sí aparecen, pero dulcificados: no olvidemos que Quevedo, ávido de cortesanía, no pretende apartarse de ella, sino que más bien la cultiva. Quevedo *busca medrar*. El autor, por ello, nombra tímidamente el tópico del *menosprecio de corte*:

Todas matronas y ninguna dama,
que nombres del halago cortesano
no admitió lo severo de su fama (vv. 64-66),

terceto tan distinto de aquel otro en el que Fernández de Andrada nos dice:

⁴¹ Op. cit., pág. 181.

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más activo nacen canas (vv. 1-3),

o, especialmente, en los versos 52-54:

Triste de aquel que vive destinado
a esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado.

Quevedo transforma el tópico en un menosprecio del presente y una alabanza de un pasado retórico, literario y, por ello, no acorde con ninguna época concreta, española ni europea: es la atemporal edad de oro, más literaria que real. Así, en los versos:

A la seda pomposa siciliana,
que manchó ardiente múrice, el romano
y el oro hicieron áspera y tirana (vv. 124-126),

⁴² Las ideas que desarrollamos en el presente trabajo fueron previamente expuestas por nosotros dentro de las tareas del curso-seminario de doctorado «La epístola horaciana en los Siglos de Oro», impartido por el profesor Andrés Sánchez Robayna (Universidad de La Laguna, bienio 1992-3), en el cual fueron discutidas y valoradas. Agradecemos al profesor Sánchez Robayna, así como a las compañeras del seminario, las sugerencias recibidas; las interpretaciones y conclusiones que aquí se formulan son, sin embargo, de nuestra exclusiva responsabilidad.

vemos cómo Quevedo busca un paralelo en el mundo romano (que Persio y Juvenal denunciaron) con el momento de ruina moral que censura en el español contemporáneo.

Nos encontramos ante una composición poética singular, pero inserta en una tradición, la de la epístola horaciana, que, al igual que en otros ejemplos de la época, necesita transformarse de acuerdo con una nueva sensibilidad, plena de contradicciones y de angustias, marcada por un contexto político, social y vital muy concreto. En épocas de crisis, se ha señalado, la sátira florece. Quevedo, superado el Renacimiento, no es ya un cortesano que añora el retiro en la naturaleza, o que lo matiza burlescamente —como hace Boscán en su epístola a Hurtado de Mendoza—. Lope, más cerca de Quevedo que de Andrada, confesará, en la *Epístola al doctor Gregorio de Angulo* (verso 171): «traje mi aguja a sacar reja» o «Pensé trocar en esta plata el cobre» (v. 172), con metáforas muy crematísticas. Quevedo, más paradójicamente, usa los elementos consustanciales de la epístola moral para medrar en la corte⁴².

Ana M.^a Díaz Benítez y Jesús Díaz Armas